



Balta Lelija

17 de septiembre de 2020 “El amor por encima de todo”

Lc 7,36-50

Un fariseo invitó a Jesús a comer con él. Jesús entró en casa del fariseo y se recostó a la mesa. Y entonces una mujer pecadora que había en la ciudad, al enterarse que estaba sentado a la mesa en casa del fariseo, llevó un frasco de alabastro con perfume, y, colocándose detrás de él, se puso a sus pies llorando y comenzó a bañarle los pies con sus lágrimas, y los enjugaba con sus cabellos, los besaba y los ungió con el perfume. Al ver esto el fariseo que le había invitado, se decía: “Si éste fuera profeta, sabría con certeza quién y qué clase de mujer es la que le toca: que es una pecadora”. Jesús tomó la palabra y le dijo: “Simón, tengo que decirte una cosa”. Y él contestó: “Maestro, di”. “Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y otro cincuenta. Como ellos no tenían con qué pagar, se lo perdonó a los dos. ¿Cuál de ellos le amaré más?” “Supongo que aquel a quien perdonó más” -contestó Simón. Entonces Jesús le dijo: “Has juzgado con rectitud”. Y vuelto hacia la mujer, le dijo a Simón: “¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies. Ella en cambio me ha bañado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con sus cabellos. No me diste el beso. Pero ella, desde que entré no ha dejado de besar mis pies. No has ungido mi cabeza con aceite. Ella en cambio ha ungido mis pies con perfume. Por eso te digo: le son perdonados sus muchos pecados, porque ha amado mucho. Aquel a quien menos se perdona menos ama”. Entonces le dijo a ella: “Tus pecados quedan perdonados”. Y los convidados comenzaron a decir entre sí: “¿Quién es éste que hasta perdona los pecados?” Él le dijo a la mujer: “Tu fe te ha salvado; vete en paz”.

Como si el Señor quisiera resaltar la meditación del día de ayer, nos ofrece hoy este evangelio con una escena tan conmovedora. Un gesto que casi solo puede imaginárselo viniendo de una mujer; un gesto que corresponde a su capacidad de entrega y que la expresa de forma tan maravillosa y evidente. ¡Cuán tiernamente puede amar una mujer, cuando su corazón ha despertado al amor! Y Jesús no sólo acoge este gesto, sino que además lo convierte en una lección profunda para el fariseo Simón y sus convidados.

Pero detengámonos un poco en aquella amante mujer en su encuentro con el Señor... Según lo que se dice, era una pecadora. Sin embargo, es evidente que no estaba cerrada; sino que el encuentro con el Señor abrió ampliamente su corazón. No sabemos si ya había escuchado muchas cosas acerca de Jesús y si los testimonios habían ya despertado su confianza en Él, aun sin conocerlo; o si fue solamente ese momento del encuentro directo con Él...

En todo caso, no cabe duda de que fue la presencia del Señor la que tocó su corazón, quizá sin necesidad de palabras especiales. Su corazón entendió que era alguien a quien podría acercarse, a quien podría abrirle sus profundidades; Alguien que la amaba sin interés personal; Uno en quien no había que temer ser juzgada como persona; Alguien en cuya presencia podría abandonarse por completo...

Así, sus ojos se llenan de lágrimas: quizá una mezcla entre arrepentimiento y alegría. Arrepentimiento en presencia del Santo, ante quien queda aún más en evidencia la fealdad del pecado. Pero, al mismo tiempo, ella experimenta la alegría de saberse acogida, de no verse rechazada en su pecado para seguir endureciéndose en él; la alegría de que ante sus ojos se le presenta una vida nueva en el amor del Señor. Su corazón desborda de gratitud y parece querer demostrarle a Jesús todo su amor: *“Desde que entré no ha dejado de besar mis pies”* –le dice Jesús al fariseo. Ella le mostró a Jesús su amor, y sus muchos pecados le fueron perdonados.

Hace algún tiempo, tuve la oportunidad de hablar a un grupo de matrimonios, y surgió el tema de la importancia que tiene el amor entre el hombre y la mujer. Después hablamos también acerca de la autoridad, y yo les decía que si el hombre ejercería en la familia una verdadera autoridad, la mujer estaría dispuesta “hasta a besarle los pies”. Ciertamente en ese momento tuve presente la escena del evangelio de hoy. Cuando miré a los ojos de las esposas que estaban ahí, me di cuenta que ellas habían entendido lo que quería decirles. En el fondo, cada mujer lo entiende. ¡Es con el amor con que se las gana!

Lo vemos en el evangelio de hoy... La autoridad de Jesús es una autoridad del amor. Todo el que no tenga su corazón cerrado, notará esta autoridad y estará dispuesto a servirle gustosamente. Jesús despierta en nosotros lo más profundo, que es nuestra capacidad de entrega como respuesta de nuestro amor. Quizá se expresa de forma distinta en el hombre y en la mujer, pero la fuente es la misma.

Ahora, el Señor quiere que también nosotros vivamos en esta autoridad. Esto cuenta especialmente para nosotros, los varones. Nosotros podemos ganarnos a las personas, cuando se saben amadas por nosotros. Un hombre que verdaderamente ama, despierta confianza. Su autoridad no procede tanto de un cargo o posición que asuma en la sociedad; sino que la verdadera y permanente autoridad es fruto de la concretización del amor, cuanto más reflejemos al Señor. Ni siquiera podemos aspirar directamente una autoridad tal, ni la lograremos con los esfuerzos de nuestra voluntad. Será, más bien, el fruto de nuestra entrega a Jesús y de configurarnos a imagen de Dios.

El mundo necesita hombres y mujeres en quienes se despliegue el amor de Jesús. Ellos podrán convertirse en padres y madres en la fe, y podrán facilitar a los pecadores el retorno a la casa del Padre. Generalmente las personas se someten a una autoridad que provenga del amor y de la verdad, pues ésta los eleva. La presencia de Jesús sacó lo mejor que había en esta mujer, y ella le mostró incansablemente su amor. Lo mismo puede suceder cuando las personas experimentan la gracia de la conversión, cuando en nosotros encuentran al Señor.